

# MIRET MAGDALENA

## LA CRISIS RELIGIOSA

El gran mal de nuestro tiempo es que miramos las cosas y no las vemos. Nuestra mirada carece de agudeza, esa agudeza de la que fue maestro mi compatriota, el aragonés Gracián.

No hace falta recoger —como hoy se hace tan superficialmente— estadística tras estadística para llegar a conocer la realidad religiosa. Lo importante es recoger un dato, no muchos; pero un dato que sea real, y analizarlo con cuidado. Y de él podremos deducir más consecuencias verdaderas que de una profusión de números inconexos que no hacen más que abrumar, pero que nos dejan en la superficie de los problemas que tocan.

Nunca la cantidad resolvió por simple acumulación la calidad, sino por un salto en profundidad. La dialéctica de los grandes sociólogos científicos del siglo pasado descubrió esto claramente. En cambio, el materialismo mecanicista de Occidente, brillante, pero achatado, no consiguió nunca descubrir el núcleo de esa realidad de la que debemos partir, y lo estamos pagando con nuestra miopía ante los problemas reales. Las cosas se nos vienen así encima, sin que tengan ya remedio.

Por haber superado esto hemos tenido en la Iglesia Católica en estos años un gran teólogo que se elevó, por mucha distancia, sobre sus demás colegas: el jesuita Karl Rahner.

Supo este buen pensador evitar abstractas elucubraciones que partiesen de una ilusión presentada con atractiva máscara de realidad, como hacen muchos teólogos actuales. Desechó las construcciones mentales ingeniosas y desencarnadas. Buscó siempre los hechos cotidianos, como el cine neo-realista italiano, y, partiendo de ellos, les sacó todo su jugo, que es mucho mayor del que se puede pensar que tienen a primera vista.

Además —este partir de realidades cotidianas— nos descubre más imparcialmente ciertos aspectos que no convienen a nuestro amor propio, porque su modo de investigar la realidad es directo y no mezcla nuestros intereses personales, que desvirtúan nuestro conocer.

Así ocurre con la lectura. La lectura es síntoma de muchas cosas. Y la lectura religiosa, sobre todo.

Son bastantes los amigos que se mueven en el campo editorial que me hablan últimamente de la crisis del libro religioso y de las publicaciones religiosas en general.

Cosa que chocará a muchos de mis lectores, porque probablemente tendrán la opinión contraria. Pero el espejismo se les produce por falta de análisis de la compleja realidad que vemos en nuestro entorno.

En Francia, en el pasado año, sólo el 5% de las ediciones fueron sobre tema religioso. En Alemania Federal —en 1955—, el 6,2% de la producción bibliográfica total fue de asuntos religiosos, y hoy, sin duda, es menor.

Y, sin embargo, habrá muchos libreros —como dice Y. Le Vaillant en *Le Nouvel Observateur*— que le digan a uno: «Hay dos cosas que se venden hoy en Francia: la literatura crónica y la literatura religiosa».

Pero este juicio es engañoso, porque es demasiado vago y excesivamente generalizador. La verdad es que en Francia —como en otros muchos países— «la cifra de venta absoluta del libro religioso está en baja» (Y. Le Vaillant, *idem*).

Este espejismo se produce por dos causas: por el auge de interés acerca de estos temas que suscitó el Concilio Vaticano II —entonces se vendía cualquier libro sobre él como rosquillas— y por el éxito que algunos autores creyentes tienen entre la gente de todo el mundo, como ha ocurrido con el evolucionista Padre Teilhard de Chardin, S. J., o con el Obispo renovador J. A. T. Robinson.

Pero la realidad es compleja.

En nuestro país hay varias editoriales religiosas que pasan

por fuertes dificultades, y ciertas colecciones religiosas de otras varias casas de ediciones están paradas o anquilosadas.

Las revistas específicamente católicas —salvo las familiares, que se compran por rutina y no se leen— hacen tiradas mínimas, que no se pueden casi aumentar, a pesar de los esfuerzos de inteligencia y atractiva renovación que se hacen sin obtener apenas resultado.

Y, no obstante, hay autores católicos que tienen un gran éxito popular, como Evelyn Quoi y —con mayor categoría intelectual— los dos antes citados, o como tres o cuatro españoles también lo han alcanzado sin duda.

¿Cómo se entiende este fenómeno?

De modo muy sencillo: lo que atrae a la gente actual son ciertas ideas avanzadas, ciertos planteamientos nuevos de lo religioso; pero no lo religioso tradicional, se presente como se presente. Hoy no se vende cualquier libro por el hecho de ser religioso, sino sólo los de determinado autor. Y, además —detalle importante—, atrae todo lo que escriba este autor, trate o no de algo que sea específicamente religioso. Lo que le importa a la gente es la actitud de ese escritor ante cualquier materia y también ante lo religioso. Se esboza así una nueva época en que se intuye algo importante, muy importante, que es común al hombre auténtico oficialmente religioso y al hombre sincero oficialmente arreligioso. Hay algo afín entre los hombres que viven con profundidad la vida, sea cual sea su adscripción religiosa o no-religiosa.

En cambio, lo específica y oficialmente católico, como es el misal, está en franca decadencia; o lo espiritual, que hace tres años tenía gran audiencia en Francia o en nuestro país. Los más atractivos títulos actualmente no se venden apenas, a menos que sean de los nuevos autores populares. Incluso el libro sobre ecumenismo —tan aparentemente atractivo— no se vende como podía esperarse; ni siquiera el tema del diálogo con el no-creyente se ha difundido lo que se creía.

Y es que —entre otros factores— la gran masa de lectores no lee el libro religioso.

Charles Davis —el teólogo que se salió de la Iglesia hace poco más de dos años— decía, cuando era católico, que muchos cristianos —sobre todo clérigos— creen haber renovado sus ideas y su estilo, y que han conseguido hablar para el mundo de hoy, pero en realidad siguen hablando para su pequeño mundo de adictos, cada vez en menor número y mayor decadencia. En Francia, como en España o Alemania, los lectores de estos temas se repiten; son los de siempre, los que derrochan adhesión y dependencia, los que no saben nunca ser adultos ni en la Iglesia ni fuera de ella.

Los renovadores o los alejados de la Iglesia no se interesan ya por esta literatura, a pesar del matiz progresista que tiene, porque todavía huele a sacristía, aunque sea, a veces, a una sacristía de izquierdas. Se interesan sólo por determinados autores que viven plenamente el mundo de hoy y que han superado el neo-clericalismo de derechas o de izquierdas.

La verdad —por esa razón— es que «si comparamos las obras católicas religiosas con otros libros, la divergencia está clara: su lenguaje no es igual, no escriben de la misma manera ni usan los mismos conceptos ni tenemos las mismas preocupaciones» (Ch. Davis, «El estudio de la Teología». Ed. Herder).

Por eso mismo también el *Catecismo Holandés* —recién editado en castellano— produce —sea cual sea su exactitud dogmática— la reacción en contra de todos los que tienen una mentalidad anticuada, y, en cambio, la atracción de los hombres y mujeres de hoy.

Lectores: la religión —como lo demuestra el mercado del libro religioso— está en crisis, queramos o no queramos.